

Magda Van
El sinuoso camino a la felicidad

https://litres.ru/74696534
SelfPub; 2026

Аннотация

La familia es el valor supremo. Inspirada en hechos reales, esta magistral saga despliega la dramática historia de los Armanonts, un linaje antiguo y de espíritu inquebrantable. Con el turbulento siglo XX como telón de fondo, la crónica generacional se entreteje en una trama fascinante.

El lector recorrerá desde las hostiles minas de Klondike y el fuego del Genocidio de 1915 en Aylur, hasta los huertos bañados por el sol de California. Cada página es una prueba de fuego. Atravesando apogeos históricos, amargas decepciones y devastadoras pérdidas morales, los personajes habrán de extraer, sobre las ruinas del pasado, las lecciones más cruciales de sus vidas. Pero una fe inquebrantable en Dios y la entereza de su espíritu les permitirán sobreponerse a cualquier adversidad.

Al pasar las páginas, usted palpará el dolor, pero, ante todo, descubrirá la gracia infinita del AMOR Verdadero, Devoto y Puro. Una obra profunda que le obligará a replantearse el sentido de la existencia.

Содержание

Глава 1. Sobre las cumbres de las colinas familiars 5

Capítulo 1. Sobre las cumbres de las colinas familiars 7

Глава 2. El 13

Глава 3. Fragmentos 21

Конец ознакомительного фрагмента. 28

Magda Van
El sinuoso camino a la felicidad

Глава 1. Sobre las cumbres de las colinas familiars

…Desde las celdas más distantes, de los rincones más ocultos,
extraje la palabra, como del fondo de un pozo profundo.
Escribí para aquellos que apenas se adentran en la vida,
así como para quienes ya han vivido y madurado;
para los que están concluyendo su sendero terrenal
y traspasan ya el umbral fatídico.
Escribí para justos y para pecadores,
para los consoladores y los desconsolados,
para los jueces y para los condenados,
para los arrepentidos y los cautivos del pecado,
para los virtuosos y para los hacedores del mal,
para los puros de espíritu y para los adúlteros;
para todos: para los de noble linaje y los insignificantes,
para los esclavos oprimidos y los nobles príncipes.
Escribí por igual para hombres y para mujeres,
para aquellos que han sido humillados y los que han sido ensalzados,
para los soberanos y para los oprimidos,
para los ofensores y para los ofendidos,
para quienes brindaron consuelo y quienes lo recibieron.
Escribí por igual para pequeños y para grandes,

para los habitantes de las urbes y los montañeses semisalvajes,
e incluso para aquel que es el soberano supremo,
de quien solo Dios es el único Juez;
para los hombres vanos y para los hombres de bien,
para los monjes y los santos ermitaños.
Y que estas líneas, colmadas de mi sufrimiento,
sirvan a alguien como enseñanza y advertencia.
Que aquel que se arrepiente con amargura de sus faltas
encuentre consuelo en mis escritos.
Que cualquier alma convierta mi obra, mi ferviente empeño,
en un bien para sí misma…

Grigor Narekatsí, Siglo X"El libro de las lamentaciones"

Capítulo 1. Sobre las cumbres de las colinas familiars

Un inmenso flujo de automóviles avanzaba a gran velocidad por la autopista en dirección a Santa Bárbara. Los vehículos, moviéndose en una hilera interminable, se quedaban atrapados en embotellamientos sofocantes. Escapando del fragor estival, las personas se apresuraban hacia la costa; a todos los atraía el frescor de las olas oceánicas. Muchos se dirigían al valle de Santa Inés, hacia el lago Cachuma, para pasar el fin de semana en el regazo de la naturaleza. En los últimos tiempos había imperado un calor insoportable: el sol abrasaba con toda su fuerza, el aire parecía incandescente y respirar resultaba atrozmente difícil. El cielo azul y despejado se reflejaba en el agua inconmensurable, mientras las olas espumosas rompían con estrépito contra la orilla suave, arrullando y desvaneciendo todas las preocupaciones mundanas.

Por encima de la carretera, como si fuera una enorme ave de alas plateadas, cruzó un avión con un rugido amortiguado. Mantenía su rumbo hacia las cadenas montañosas. En el lujoso jet privado se encontraba la familia Thomas: el propietario de minas de oro, Richard, su esposa Margarita, y los gemelos, Daniela y David.

La hija y el hijo del matrimonio Thomas se habían graduado

con honores de la escuela y habían ingresado en la Universidad de Harvard. Para la familia, este acontecimiento fue una alegría extraordinaria. A Daniela y a David se les abría un nuevo sendero en la vida, y esperaban con impaciencia el día de la partida. Con este motivo, en su villa de las montañas, en las inmediaciones de Santa Bárbara, se planeaba un baile de gala.

Richard había cumplido recientemente cincuenta y cinco años. A pesar de las canas, lucía mucho más joven. Como auténtico aristócrata y hombre acaudalado, poseía un aspecto impecable. Sus ojos azules, como el cielo despejado, brillaban con bondad y calidez. Richard estaba sentado en un mullido sillón al lado de su esposa, a quien amaba con locura a lo largo de todos los años de matrimonio. Sostenía entre sus manos la blanca mano de ella. El destino les había otorgado un amor puro y profundo. Margarita rondaba los cincuenta años, pero en su rostro no había ni una sola arruga, y Richard solía repetirle: "Los años no te tocan, mi amor".

Margarita, en respuesta, reía con fuerza. Su cabello castaño, con nobles destellos plateados, caía en ondas sobre sus hombros. Sus ojos esmeralda con matices marinos y sus pestañas oscuras y espesas eran fascinantes. El delicado óvalo de su rostro, una nariz recta y unos labios jugosos de color cereza completaban una imagen perfecta. Cuando sonreía, una hilera alineada de dientes blancos destellaba con el nácar de las perlas. Ella era el sentido de la vida de Richard, llenando sus días de felicidad tras todas las pruebas superadas en el pasado.

El avión ascendía cada vez más alto. Margarita apoyó la cabeza con serenidad en el hombro de su esposo, mientras los gemelos discutían vivamente sobre algo. Finalmente, la azafata anunció la preparación para el aterrizaje. A lo lejos, entre las verdes colinas, apareció su propiedad ancestral, rodeada por una alta muralla de granito y árboles centenarios.

El aeroplano tocó suavemente la pista de aterrizaje y se silenció. Los pasajeros agradecieron a la tripulación y descendieron por la escalerilla al encuentro de una brisa suave. Con el ánimo elevado, subieron a las limusinas que los esperaban, las cuales salieron del recinto del aeropuerto privado. Tras media milla, los autos se detuvieron ante unas macizas puertas de forja. El guardia permitió el ingreso del cortejo con un saludo cordial.

A derecha e izquierda se extendían céspedes impecables, salpicados de parterres. En los márgenes, florecían con exuberancia frondosos arbustos de buganvilla blanca y jacarandá violeta. Al frente se ubicaba un estacionamiento techado y una mansión de invitados de estilo español con una fachada de cristal esmeralda, que recordaba a un castillo de cristal. Un poco más al fondo, se erigía el palacio principal de tres pisos, de mármol blanco y estilo barroco. Lo adornaban columnas, molduras doradas caladas en las ventanas y una amplia escalinata señorial con balaustradas, a cuyos lados reposaban jarrones antiguos con lirios blancos y rosados.

Ante la escalinata murmuraba una fuente: en su centro, una copa de oro se llenaba de agua sobre los hombros de unos ángeles

fundidos en un abrazo, y las gotas centelleaban al sol como una constelación de diamantes. En el espacioso vestíbulo, desde una altura vertiginosa, colgaba una araña de cristal. Hacia arriba conducían escaleras de mármol con alfombras esmeralda. Desde el vestíbulo se abría el paso a un salón de banquetes semiovalado, con una pared acristalada y vistas al estanque.

Allí ya se realizaban los últimos preparativos para el baile. Los salones estaban decorados en tonos rosa y dorado, con paredes de espejos, mesas redondas y una exquisita vajilla de porcelana inglesa de la marca De Lamerie. En una esquina se alzaba un piano de cola blanco Steinway, y en el centro, una pista de baile circular, rodeada por un mosaico de placas de mármol.

En caso de ser necesario, las paredes de espejo del salón de banquetes se deslizaban, abriendo el paso a una gran sala de billar con seis mesas. En una esquina se ubicaba una barra de bar con una variedad de bebidas, y al lado se encontraba la zona de distribución: los platos preparados ascendían silenciosamente en un elevador desde la espaciosa cocina del sótano. A la izquierda del salón se podía acceder a una sala de descanso con mesas revestidas de terciopelo verde para jugar al préferans. En la estancia contigua se acondicionó una acogedora sala de fumadores con una rica selección de pipas, cachimbas y variedades selectas de tabaco, donde en elegantes mesas ya esperaban a los invitados copas de cristal.

Detrás de la fachada posterior del palacio se extendía un pintoresco estanque natural, alimentado por un fresco arroyo de

montaña. Por su superficie acuática nadaban majestuosamente cisnes blancos y negros. Las orillas estaban conectadas por un ligero puente blanco, adornado con un arco de frondosas guirnaldas de flores de eseño.

Más allá, en la intimidad bajo la sombra de copas frondosas, se ocultaba la mansión privada del matrimonio Thomas. Hacia ella conducía un sendero que se transformaba en una escalera de caracol, en cuyas barandillas se posaban las figuras primorosamente talladas de dos palomas de mármol que volaban al encuentro la una de la otra. Tras la escalera se abría un amplio prado, plantado con variedades exóticas de rosas aterciopeladas de matices prodigiosos. Ante el propio castillo de dos pisos, jugaba con todo su esplendor una fuente danzante y luminosa. A través de sus destellos multicolores se traslucían dos estatuas de mármol: un hombre que abrazaba tiernamente a una mujer. El color de sus ropajes de piedra cambiaba mágicamente al compás de la música gracias a la iluminación subacuática. Las esculturas personificaban el profundo amor de los dueños de la casa. Esta obra de filigrana, digna del cincel de Miguel Ángel, había sido realizada por un renombrado escultor, invitado directamente desde Roma.

En este rincón recóndito, toda la atmósfera estaba impregnada de ternura. En el interior de la casa reinaba un lujo impecable, que transformaba la realidad en un cuento de hadas. Resultaba evidente que los esposos, capaces de engendrar semejante belleza, poseían no solo una inmensa riqueza, sino también un

talento excepcional y un alma pura.

Глава 2. El oro gélido de Klondike

En la Inglaterra de finales del siglo diecinueve, en uno de los suburbios más lúgubres de Londres, vivía la familia de David Tovmasian, inmigrantes armenios que se habían visto forzados a abandonar Egipto. La vida en el extranjero era inclemente: David tenía que aferrarse a cualquier trabajo pesado solo para ganarse un trozo de pan. Día tras día se prolongaba una lucha interminable por la supervivencia, y pronto el destino asestó un nuevo golpe. La esposa de David esperaba un hijo, pero sus fuerzas estaban al límite. Tras dar a luz a un varón, la exhausta mujer falleció.

El dolor y el temor por el hijo recién nacido casi doblegan al padre. Tenía que trabajar y, al mismo tiempo, sacar adelante al lactante en completa soledad. Por misericordia, los vecinos ayudaban: cuidaban del pequeño, a quien llamaron Tadevos, pero a la usanza inglesa, Teddy. Para sorpresa de todos, a pesar de las privaciones, el niño crecía fuerte y sano.

Toda su infancia transcurrió en las severas calles londinenses. Cuando Tadevos cumplió doce años, perdió también a su padre. Quedando huérfano de padre y madre, el adolescente luchó desesperadamente por su existencia. Desafiando al destino,

aspiraba a toda costa a ponerse en pie y cumplir su anhelo ferviente: salir de la miseria y enriquecerse. Al reunir en torno a sí a muchachos sin hogar en su misma situación, Teddy demostró su carácter de líder: convenció a sus amigos de no rebajarse al robo, sino de dedicarse a un negocio serio.

Pronto, noticias asombrosas del otro lado del océano dieron la vuelta al mundo: en Alaska, en la región de Klondike, había estallado la fiebre del oro. Tadevos comprendió que aquella era su oportunidad. Logró encender a sus compañeros con su propio sueño. El equipo joven, robusto y decidido comenzó a prepararse para la travesía. En aquellos años, los barcos zarpaban hacia el norte abarrotados hasta el límite; los camarotes y las bodegas reventaban de pasajeros, y las tiendas de campaña de los buscadores de fortuna se alzaban directamente sobre las cubiertas. Conseguir un pasaje parecía imposible, ya que el precio del boleto alcanzaba las quinientas libras. Por esa oportunidad quimérica, los artesanos vendían sus talleres, los granjeros entregaban sus tierras por una miseria y los obreros abandonaban las fábricas. Ingleses, irlandeses, alemanes, franceses y rusos compraban víveres, pertrechos y tomaban lecciones de buscadores experimentados, repitiendo con delirio una sola palabra: oro.

Hacia Tadevos el destino se mostró benevolente. Dueño de una audacia natural, se las arregló para pactar con el contramaestre: él y tres de sus compañeros fueron admitidos en el barco como fogoneros. Esto los eximió del inalcanzable pago del

pasaje y les aseguró comida gratuita. En ese entonces les pareció que las peores penurias habían quedado atrás, pero aún no sabían qué prueba les aguardaba en el porvenir.

El camino resultó largo y despiadado. A través del tormentoso Atlántico Norte y, posteriormente, por la ruta de Edmonton —el viejo sendero de los comerciantes de pieles—, cruzando tierras canadienses y los ríos Peace y Mackenzie hacia el norte, rumbo al Yukón. De los cientos de miles de personas hechizadas por el oro, solo unos pocos elegidos resistían ese tránsito infernal. Para ese entonces, Tadevos había cumplido veinte años. Fuerte, terco, templado por su infancia callejera, avanzaba a pesar del hambre, del frío glacial y de sus pies destrozados y sangrantes. Pero el norte no perdonaba la debilidad. Dos de sus compañeros se rindieron y dieron la vuelta a mitad del camino. El tercero enfermó de gravedad y murió en la ruta. En los campamentos fronterizos proliferaban enfermedades letales, la gente moría como moscas y el aire en las paradas estaba envenenado por el pesado hedor de los cuerpos en descomposición.

A Tadevos casi no le quedaba dinero y, para prepararse para el asalto final a través de las cadenas montañosas, aceptaba cualquier trabajo infernal. Al contratarse en la Compañía Británica de Suministros para la tala de árboles, ganaba veinte dólares por metro cúbico de madera. El sudor le caía a chorros, y los precios en las tabernas locales por el hospedaje y la escasa comida eran abusivos. Pese a todo, se las ingeniaba para ahorrar cada centavo. Por las noches, Teddy entraba en las

bulliciosas tabernas donde se concentraban los experimentados buscadores de oro. En aquella época no existían mapas reales de los escarpados territorios de Canadá y Alaska, por lo que el joven extraía gota a gota de las conversaciones de los ebrios una información invaluable sobre senderos ocultos y yacimientos ricos. Paso a paso avanzaba hacia su meta. Y, finalmente, alcanzó el Yukón.

Se estableció en el asentamiento minero. Cierta noche, mientras regresaba a su miserable cabaña, Tadevos pasó junto a una taberna de la que emanaba una música estruendosa. De las puertas, tambaleándose fuertemente, salió un anciano buscador de oro ebrio, y tras él, dos jóvenes de aspecto sospechoso. Teddy alcanzó a escuchar un fragmento de su conversación:

—¿Viste? El viejo pagó en la barra con una pepita de oro de la bolsa que lleva al cinto. Vamos a seguirlo a donde esté más oscuro y lo acorralamos. Total, está borracho como una cuba, mañana no recordará nada.

Tadevos, que se había criado en calles peligrosas, comprendió al instante que el anciano corría un peligro de muerte. Avanzó con sigilo tras ellos. Tan pronto como la luz de las ventanas de la taberna quedó atrás, uno de los ladrones saltó sobre la víctima y le propinó un fuerte golpe en la cabeza. El buscador de oro se desplomó como fulminado. Pero Tadevos ya estaba allí. Con un golpe fulminante derribó al primer asaltante e inmediatamente se lanzó contra el segundo, en cuya mano brilló con ferocidad un cuchillo. Al interceptar el ataque, Teddy mandó al delincuente

al suelo con un potente gancho. Los agresores se recobraron rápidamente, pero al ver el revólver apuntándoles y la mirada resuelta del desconocido, prefirieron no tentar a la suerte y huyeron a toda prisa. En aquellos tiempos salvajes, quedarse sin armas significaba firmar su propia sentencia de muerte.

El herido yacía inconsciente, con la cabeza cubierta de sangre. Tadevos se lo cargó a los hombros y lo llevó a su cabaña. En casa, acomodó al lesionado en su única cama, lavó con delicadeza sus heridas y él mismo se quedó dormido directamente sobre la mesa.

Solo al amanecer, cuando los primeros rayos del sol tocaron las paredes de leños, el anciano gimió pesadamente y entreabrió los ojos, turbios por el dolor. Bajo la tenue luz de la vela moribunda, contempló durante largo tiempo el rostro cansado del joven sentado enfrente y, finalmente, preguntó con voz ronca:

—¿Por qué me salvó, muchacho?

—Los ladrones son gente indigna —respondió Tadevos escuetamente.

El anciano lo miró con atención, comprendiendo la nobleza excepcional que había demostrado aquel joven, al no codiciar el oro ajeno en una cabaña cerrada, y cerró los ojos con cansancio. La lesión era demasiado grave. En los días subsiguientes, Tadevos lo cuidó con devoción: le daba de beber agua con una cuchara, lo alimentaba con caldo caliente. Gradualmente, el anciano cobró las fuerzas suficientes para poder hablar, pero no le fue dado ponerse en pie; las energías lo abandonaban irremediablemente.

Entre ellos surgió una profunda confianza mutua. El buscador de oro le relató detalladamente su vida solitaria y escuchó con atención la historia de Teddy. Una noche, llamó al joven más cerca del lecho, sacó su preciada bolsa y la depositó en la mano de Tadevos:

—Nunca tuve hijos. Pero ahora, lo acepto a usted con todo mi corazón como a un hijo. Usted es valiente, honesto y misericordioso. Tome esto. Aquí hay pepitas auténticas. Pudo habérselas llevado mientras yo yacía sin sentido, pero su integridad no le permitió convertirse en un ladrón. Yo ya no me levantaré; en el otro mundo el oro no me hará falta.

El anciano tomó aliento y habló más bajo, revelando el secreto principal:

—Encontré un lugar... Una verdadera veta de oro. Allí, bajo la tierra, yacen bloques, y en las orillas arenosas del arroyo, los depósitos de oro aguardan por su dueño. Pero para registrar oficialmente esa tierra a su nombre, se necesita una suma considerable de dinero. Venda estas pepitas, registre el terreno a su nombre, y lo que extraiga de allí lo convertirá en un rey. Permanezca siempre siendo un hombre tan honesto, y la felicidad nunca lo abandonará.

Extenuado por el largo discurso, el anciano cerró los ojos. Tadevos quedó conmocionado por lo que había escuchado, pero no quiso perturbar al enfermo. Por la mañana, el anciano no despertó. Tadevos lo sepultó con profundo respeto y dignidad, como a un padre propio. Y después del funeral, se dirigió a

las coordenadas indicadas, y se quedó petrificado en el sitio, abrumado por lo que veía...

Ante los ojos de Tadevos se abrió, en efecto, un espectáculo increíble. En los cerrados meandros del arroyo, directamente entre la arena ribereña, centelleaban depósitos incontables de oro. Junto a pepitas de diverso tamaño, reposaban en el vado minerales y gemas extrañas y sorprendentes, cuya pureza podía competir con las mejores piedras preciosas del mundo. Teddy, comprendiendo a la perfección cuánta envidia, peligro y desgracia puede acarrear a un hombre una riqueza tan fortuita, actuó con extrema cautela. No presumió su hallazgo.

De manera sensata y secreta, empleando el oro legado por el difunto anciano, Tadevos compró oficialmente aquella enorme propiedad aurífera. Hasta el final de sus días permaneció indeciblemente agradecido tanto con su benefactor anónimo como con el destino mismo por aquel don. La vida demostró una vez más una verdad simple: por cada acción noble, el hombre recibe tarde o temprano una respuesta de lo alto; si no es con prosperidad terrenal, con paz espiritual.

Al principio, sus únicas armas en la batalla por una vida acomodada fueron apenas una pica, una pala y una bandeja de lavado. Teddy trabajó sin descanso. Al alcanzar todo aquello con lo que alguna vez había soñado en las sucias calles de Londres, el maduro y enriquecido Tadevos se trasladó a una gran ciudad. Allí conoció a una joven maravillosa y, sin postergar la felicidad para después, se casó con ella. Al poco tiempo, su esposa le dio

gemelos: un niño y una niña. Como si el destino mismo hubiera decidido tejer con su nacimiento un tapiz especial y bendito, que trajo al hogar de Tadevos una felicidad absoluta. Habiendo hallado la tan ansiada plenitud de la vida, Teddy, no obstante, no planeaba permanecer en el norte para siempre. Lo atraía una América joven y en floreciente desarrollo.

Siendo ya un hombre muy acaudalado y respected, Tadevos visitó en una ocasión el soleado sur, en California, y se enamoró de aquellas tierras. Adquirió allí extensos terrenos y colocó la primera piedra en los cimientos de la hacienda familiar. El oro, al parecer, venía por sí solo a las manos de este linaje fuerte. Desde entonces, transmitiéndose de generación en generación, la minería de oro se convirtió en el negocio principal de sus vidas. Cada nuevo descendiente no solo preservaba, sino que multiplicaba la fortuna familiar, invirtiendo en ella inteligencia, fe y un arduo trabajo.

Desde entonces transcurrieron décadas. Los vientos severos del Yukón quedaron en el pasado remoto, el apellido Tovmasian comenzó a sonar a la nueva usanza como Thomas, y el propio linaje antiguo terminó por americanizarse por completo, convirtiéndose en parte de la alta sociedad del Nuevo Mundo. Pero el recuerdo de aquello con lo que comenzó su sinuoso camino a la felicidad permaneció para siempre en el corazón de la familia.

Глава 3. Fragmentos de una felicidad de cristal

David-Daniel, representante de la siguiente generación de los Thomas, halló la felicidad familiar apenas al rondar los cuarenta años. Su elegida fue Angela, una belleza de ojos azules, hija única y heredera de un influyente banquero californiano. La vida de los esposos transcurría sin nubes, pero una circunstancia ensombrecía su unión: durante largos años no pudieron tener hijos. Los médicos les daban esperanzas, exhortándolos a cargarse de paciencia. En el ocaso de sus vidas, tras incontables intentos, Angela obró un milagro: dio a luz al tan ansiado varón, a quien llamaron Richard. La alegría de los padres no conocía límites. Sin embargo, la dicha resultó efímera: la frágil salud de la madre se desvanecía día tras día. Ni una opulencia fabulosa ni las más grandes eminencias de la medicina lograron retenerla en este mundo. Al quedar viudo, David-Daniel jamás permitió que otra mujer entrara en su corazón. Todo aquel amor contenido se lo entregó sin reservas a su hijo.

La pérdida de su esposa dejó en el alma del padre una herida incurable. Pocos años después, quebrantado por la añoranza e incapaz de soportar el peso de la soledad, partió prematuramente de este mundo, siguiendo a su amada hacia el más allá.

El joven Richard, quedando huérfano de padre y madre, sufrió profundamente la muerte de sus progenitores. Al encontrarse solo en un mundo vasto y vacío, al principio se desconcertó se desanimó. No obstante, la entereza familiar y el instinto de supervivencia, que habían salvado a su linaje durante siglos, ayudaron al joven a no desviarse del camino de la rectitud. Al tomar sobre sus hombros la gestión de las minas ancestrales e heredar la fortuna de ensueño de los Thomas, Richard demostró una inteligencia brillante e una laboriosidad excepcional. A los treinta años, no solo había mantenido el negocio, sino que había multiplicado la grandeza de la empresa familiar.

La exitosa actividad requería de conexiones sólidas, y con el tiempo Richard se rodeó de un círculo de influyentes socios comerciales. Entre ellos, un lugar especial lo ocupaba el talentoso financiero Fred Stevenson. Sus proyectos conjuntos siempre resultaban mutuamente beneficiosos e generaban ganancias millonarias. En la sociedad, Stevenson gozaba de la reputación de ser un hombre de honor impecable e de una rectitud de hierro, ganándose la confianza incondicional de la alta alcurnia. Sin embargo, su vida privada estaba devastada por la tragedia. En su juventud, Fred se había enamorado perdidamente de una famosa supermodelo que accedió a convertirse en su esposa. Pero poco después del nacimiento de su hija, la voluble belleza huyó a Inglaterra con un aventurero desconocido, abandonando a su criatura recién nacida e a su devoto esposo. Desde entonces, nadie volvió a saber de ella. Aquella cruel traición causó a Fred

un profundo trauma psicológico, cuya cicatriz permaneció en su corazón para toda la vida. Jamás volvió a casarse.

Cierta vez, Fred invitó a Richard Thomas a una cena amistosa en su hogar. Fue precisamente esa noche cuando el joven magnate vio por primera vez a Victoria, la hija del financiero, de diecisiete años. A primera vista parecía casi una adolescente: frágil, esbelta, con una silueta juvenil e delicada. Su rostro, enmarcado por rizos dorados, asombraba por su palidez aristocrática, mientras que sus enormes ojos azules cautivaban la atención. No era una belleza clásica de canon, pero poseía un encanto raro e sutil.

Sentada frente a Richard, Victoria lo miraba con un leve temor y timidez, incapaz de apartar la vista. El joven sintió cómo en su interior vibraba una cuerda de ternura desconocida. Sintió el deseo inexplicable de abrazar a esta muchacha indefensa, de protegerla del mundo entero e de cobijarla con una palabra afectuosa. Pero, siendo un hombre de alta cultura espiritual e educación impecable, contuvo con delicadeza aquel impulso del alma.

Antes de marcharse, Richard se acercó a Victoria e entablaron una conversation. Para su asombro, detrás de la máscara de la timidez juvenil, descubrió una mente brillante e aguda, y un sentido del humor impecable. Victoria resultó ser una conversadora magnífica: dominaba con sutileza el arte, la política e los acontecimientos mundiales. Al notar la admiración en los ojos del invitado, la joven se cubrió de un tierno rubor.

Tras esa noche, la imagen de la Victoria de cabellos de oro ya no abandonó a Richard. En las galas sociales e recepciones de etiqueta, buscaba cualquier oportunidad para estar en su entorno. Sus amigos cercanos, al notar los cambios en el habitualmente reservado millonario, le aconsejaban al unísono no perder el tiempo e declarársele a la joven. El padre de Victoria era un caballero de la vieja escuela, e ella misma se perfilaba como la pareja ideal.

Al poco tiempo, Richard invitó a Victoria a una cita en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. En una atmósfera romántica, bajo los suaves acordes de la música, se postró ante ella sobre una rodilla, abrió una cajita de terciopelo con un lujoso anillo de diamantes y, mirando fijamente a sus ojos resplandecientes, preguntó:

—Victoria, ¿aceptas ser mi esposa?

La joven resplandeció de una felicidad absoluta e celestial, e sin dudarlo se lanzó a sus brazos. Al obtener el ansiado consentimiento, esa misma noche Richard pidió la mano de Victoria a su padre. Fred se sintió sinceramente feliz, sabiendo que entregaba a su única hija a las manos más seguras del mundo. Al bendecir a los jóvenes, obsequió a Richard un generoso regalo: un importante paquete de acciones de la corporación financiera líder, de la cual era copropietario. El joven magnate no necesitaba dinero, pero no podía rechazar a su futuro suegro. Aceptó el obsequio con la condición de que ese capital permaneciera para siempre bajo la gestión personal e propiedad

de Victoria.

Pronto se celebró una espléndida boda. En el hogar de los recién casados reinó una armonía impecable, un consentimiento mutuo e un profundo respeto. Un año después, su unión se vio consolidada por el nacimiento de su primogénita, su hija Christie. Y un año más tarde, el universo les regaló a su hijo Paul. Ambos bebés parecían ángeles: heredaron de su madre una piel blanquísima e suaves rizos dorados. Richard idolatraba a su esposa e se deshacía en amor por sus hijos. Pasaron los años, los pequeños crecieron e comenzaron la escuela, deleitando a sus padres con su obediencia e carácter manso. Richard, a pesar de sus enormes ocupaciones, dedicaba cada minuto libre a su familia e se sentía indeciblemente dichoso.

Todo marchaba a la perfección, hasta que en su puerto apacible se infiltró la zozobra. En los últimos tiempos, a Richard le preocupaba cada vez más la palidez e un malestar oculto e inexplicable en Victoria. Ella solo sonreía con dulzura e tranquilizaba a su esposo, asegurándole que era el cansancio habitual e que no había motivos para alarmarse. Sin embargo, Richard, impulsado por un mal presentimiento, insistió. Se puso en contacto con el médico de la familia e exigió que se le realizara de inmediato un examen médico completo.

Al día siguiente, tras enviar a Christie e a Paul a sus clases, Victoria se dirigió a la clínica. El médico la acompañó personalmente por todos los consultorios, realizando pruebas complejas. Al concluir los procedimientos, la mujer se apresuró

hacia la escuela para recoger a los niños. Siempre prefería conducir ella misma su automóvil, negándose en redondo a los servicios de choferes privados.

Los niños parloteaban ruidosa e alegremente en el asiento trasero, compartiendo las novedades de la escuela. El vehículo avanzaba con suavidad por la carretera, cuando la quietud del habitáculo se vio rota por el timbrazo agudo del teléfono móvil. Victoria presionó el botón del manos libres. Por los altoces resonó la voz alterada del doctor:

—Victoria... Necesitamos realizarle otro examen, uno más detallado. Por favor, venga a la clínica mañana a primera hora.

—¿De qué se trata, doctor? —en su corazón se clavó instantáneamente el temor—. ¿Me han encontrado algo grave? ¿Debo preocuparme?

La voz de la mujer tembló, mientras su corazón golpeaba con frenesí un ritmo aterrador en su pecho. El médico no respondió nada, e en el receptor resonaron los tonos cortos e siniestros de la línea cortada.

En ese mismo segundo, a Victoria le dio un fuerte vuelco la cabeza. Un destello ardiente de dolor nubló sus ojos con una neblina, sus pensamientos se confundieron e sus manos soltaron el volante por un instante. El pesado automóvil, a toda velocidad, fue lanzado hacia la izquierda, directo al carril de dirección contraria. Un crujido ensordecedor de metal desgarrado, un impacto espantoso, el tintineo de fragmentos de cristal que saltaban por los aires e una sorda explosión instantánea que lo

devoró todo. En esta catástrofe monstruosa nadie sobrevivió. Victoria, Christie e Paul perecieron en el acto.

Al enterarse de lo sucedido, Richard estuvo a punto de perder el juicio. En un solo instante pavoroso perdió tanto a su mujer amada como a sus ángeles, sus hijos. Tras esta tragedia, su mundo se sumergió en una oscuridad absoluta e muerta. Durante varios años no sintió más que una amargura calcinante e un dolor sordo. Ya no vivía: se había convertido en una sombra pálida, existiendo sin rumbo entre los fragmentos de su pasado. Atormentado por la muda desesperación, pasaba horas mirando a la nada e gritando sin voz hacia los cielos:

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «Литрес».

Прочитайте эту книгу целиком, купив полную легальную версию на Литрес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.